



dad, las nubes con sus altísimos promontorios figuran la peana en que descansa su pié. El relámpago es su voluntad, el trueno su voz, el rayo su palabra. El está en los abismos con su sublime silencio, y con su ira sublime en los huracanes bramadores y en los torbellinos tempestuosos. *Él nos pintó*, dicen las flores de los campos. *Él me dió*, dicen los cielos, *mis bóvedas espléndidas*. Y las estrellas: *Nosotras somos centellas caídas de su resplandeciente vestidura*. Y el ángel y el hombre: *Al pasar por delante de nosotros, su hermosísima y gloriosísima y perfectísima figura quedó en nosotros estampada*.

De esta manera, unas cosas representaron su grandeza, otras su majestad, otras su omnipotencia; y el ángel y el hombre, especialmente, los tesoros de su bondad, las maravillas de su gracia y el resplandor de su hermosura. Dios, empero, no es solamente maravilloso y perfecto por su hermosura, y por su gracia, y por su bondad, y por su omnipotencia; es además de estas cosas, y sobre todas estas, si en sus perfecciones hubiera medida, infinitamente justo é infinitamente misericordioso. Siguese de aquí, que el acto supremo de la creación no podía considerarse como consumado y perfecto, sino después de haberse realizado en todas sus manifestaciones su infinita justicia y su infinita misericordia. Y como quiera que sin la prevaricación de los séres inteligentes y libres

no podía Dios ejercer ni la justicia ni la misericordia especial que se aplican á los prevaricadores, de aquí se deduce que la prevaricación misma fué ocasion de la más grande de todas las armonías y de la más bella de todas las consonancias.

Cuando todos los séres inteligentes y libres prevaricaron, Dios resplandeció en medio de la creación con nuevos y más grandes resplandores. El Universo en general fué el reflejo perfectísimo de su omnipotencia; el paraíso terrenal fué especialmente el reflejo de su gracia; el cielo fué especialmente el reflejo de su misericordia; el infierno únicamente el reflejo de su justicia, y la tierra, puesta entre estos dos polos de la creación, fué un tiempo mismo el reflejo de su justicia y el de su misericordia. Cuando con la prevaricación angélica y con la humana no hubo en Dios perfección que no estuviera manifestada exteriormente por alguna cosa, fuera de aquella que había de ponerse de manifiesto más adelante en el Calvario, las cosas estuvieron en orden.

Cuanto más se ahonda en estos dogmas pavorosos, tanto más resplandece la soberana conveniencia, y la perfectísima conexión y la maravillosa concordancia de los misterios cristianos. La ciencia de los misterios, si bien se mira, no viene á ser otra cosa sino la ciencia de todas las soluciones.



DISCURSO

SOBRE

EL ESTUDIO COMPARATIVO DE LAS LENGUAS

POR

EL EMMO. CARDENAL NICOLÁS WISSEMAN

I

Etnografía ó estudio comparativo de las lenguas.—Historia.—Primer periodo: Esfuerzos para hallar la lengua primitiva: falta en el objeto y en los métodos.—Segundo periodo: Colección de materiales, listas de palabras y series de oraciones dominicales.—Tercer periodo: Tentativas de coordinación y clasificación: Leibnitz, Hervás, Catalina II y Pallas, Adelung y Vater.—Aspecto peligroso del estudio en este periodo por la multiplicación aparente de lenguas independientes.—Resultados.—Primeramente: formación de familias ó grupos extensos de idiomas en íntima afinidad por las palabras y formas gramaticales.—Ejemplos sacados de las familias indo-europea, semítica y malaya.—Segundo: Reducción progresiva de las lenguas que se suponían independientes por su conexión con las grandes familias: ossete, armenio y céltico.—Revista del sistema de Sir W. Betham, doctor Prichard.—Recapitulación.—Observaciones finales

Si nos fuera dado contemplar las obras de Dios en el mundo visible y en el moral, no como las vemos ahora, por retazos y fragmentos, sino combinadas y en conjunto en el gran plan de la armonía universal; si nuestro entendimiento pudiera penetrar en cada parte, ver sus proporciones generales, sus relaciones particulares y aplicación, no hay duda que la religión, como fué establecida por el Criador, entraria como complemento necesario en el plan general, y se acomodaria á él de tal modo, que todo quedaria desorganizado y destruido, si por cualquiera medio se la pudiera sacar de allí. Demostrar así la acción religiosa penetrando en las partes más íntimas de la economía de la naturaleza, seria sin duda ninguna el testimonio de orden más elevado que podría darse de la verdad de esta misma religión. Pero véase la gran diferencia que hay entre la operación de la naturaleza y la del hombre: la naturaleza labra y modela todas las partes de su obra á un mismo tiempo, al paso que el hombre no puede aplicarse más que á la elaboración de una

sola parte (1); de ahí proviene que la atención parcial que por necesidad tenemos que prestar á cada prueba y á cada testimonio de por sí, debilita considerablemente el efecto de su fuerza colectiva: «porque, según lo observó juiciosamente el ilustre Bacon, la armonía de la ciencia, que existe cuando cada parte sostiene á la otra, es y debe ser el modo breve y corto de refutar y suprimir todas las objeciones de poco valor; pero por otro lado, si desprendéis cada axioma uno á uno como los paños de un haz, fácilmente podeis doblarlos ó romperlos, según os acomode.»

Ciertas preocupaciones que han adquirido veneración con el tiempo, han aumentado mucho las dificultades que presentaban ya á nues-

(1) Cuando un escultor talla y labra una figura, da una forma solamente á la parte que trabaja y no toca á lo demás; pero la naturaleza, al contrario, cuando hace una flor ó una criatura viviente, engendra y produce todos los rudimentos de todas las partes en un solo y mismo tiempo. (Bacon, *De Augm. Scient.*, lib. VII.)



tra empresa los límites de nuestras facultades. Por siglos enteros, muchos personajes han considerado como inútil y casi profano buscar una alianza entre la teología y las otras ciencias. Varios sábios en sus escritos, y otros muchos en sus discursos, llegan á suponer que pueden permitirse un dualismo de opiniones, y forman una categoría de ellas, que creen como cristianos, y otra de que están convencidos como filósofos: uno, dirá que admite los Libros Santos y todo lo que contienen; pero, sin embargo, sostendrá algún sistema de cronología é historia, que no puede de ningún modo conciliarse con ellos; el otro, no ve cómo pueda conciliarse la Creación referida por Moisés con los descubrimientos de Cuvier; otro, opina que la historia de la dispersión es incompatible con el número de lenguas que existen ahora; por último, otro cree que es sumamente difícil explicar el origen de toda la especie humana proveniente de una sola familia. Así, pues, lejos de considerar á la religión ó á la teología, que es su ciencia, con derecho á fraternizar con las demás ciencias, se supone que se mueve por un plan separado, y conserva un paralelismo perpetuo con ellas, que las impide acercarse, privándolas así de un apoyo mutuo. En vista de esto, no es extraño que se considere siempre la teología como un estudio puramente sacerdotal y desnudo de interés general, y que sea imposible dar á sus investigaciones los atractivos variados que nos llaman hácia los otros estudios científicos (1).

Estas reflexiones, y otras del mismo orden, me han movido á entrar en la empresa que hoy acometo: mi objeto es reducir en cierto modo la teología al círculo de las ciencias, manifestando cuánto la ilustra, sostiene y adorna cada una de ellas. Quiero probar que el filósofo se inclinará, con justicia, ante sus decisiones; cuando esté seguro de que las investigaciones en que se ocupa no han de hacer más que confirmar aquellas mismas decisiones; manifestaré la convergencia de las verdades reveladas y de las verdades descubiertas, y aunque imperfectamente, presentaré algunas pinturas semejantes á las que describe Homero, en el escudo de su héroe: cosas y movimientos celestiales que corresponden á más alta esfera, con una orladura adornada de figuras más terrenas y ordinarias.

(1) Para juzgar el método ineficaz con que intenta la escuela ecléctica francesa separar y conciliar á un tiempo la ciencia y la revelación, véase á Damiron, *Essai sur la Histoire de la Philosophie en France*, Bruselas, 1829; ó Carove, *Der Saint-Simonismus und die neue Philosophie*, Leipzig, 1831.

Me propongo, pues, demostrar la correspondencia entre los progresos de la ciencia y la ampliación de las pruebas del Cristianismo; y antes de pasar más adelante, séanos lícito fijar el término y los límites de mis investigaciones. Por la simple exposición de la materia, se verá que no tengo ánimo de entrar en el campo, tan bien cultivado, de la teología natural, ó aplicar los progresos de la ciencia para reforzar la prueba, ya adquirida, de una Providencia sabia y omnipotente. Solamente pienso tratar de la religión revelada, de los testimonios que ha recibido el Cristianismo en sus conexiones innumerables con el orden de la naturaleza, y el curso de los acontecimientos humanos. Y cuando empleo la palabra testimonios, ha de tomarse en su acepción más lata y general. Observo que todo lo que se endereza á probar la verdad de algún pasaje, sobre todo en la Biblia, si á los ojos puramente humanos les parece improbable el relato, ó inconciliable con otros hechos, tiende también esencialmente á aumentar la suma de testimonios que posee el Cristianismo, porque este exige por necesidad la autenticidad de aquel libro. Hállese que es en un todo exacto un descubrimiento cualquiera, una fecha, por ejemplo, poco importante, inexplicable hasta en los últimos tiempos, fuera de la certidumbre que da sobre un punto particular, tiene un peso moral mucho mayor en la seguridad que produce sobre otros puntos. De donde resulta, que una larga perquisición que conduzca á un descubrimiento en la apariencia medianamente importante, debe medirse por su influencia general, más bien que por sus resultados inmediatos.

Pero, como ya se ha observado, al paso que interesa á los que buscan la verdad generalizar sus pruebas cuanto sea posible, y situarse en la base más ancha, los que la combatan hallarán siempre más facilidad para hacerlo por medio de objeciones particulares que destruyen el edificio pieza por pieza; y esta es la táctica que han seguido. Se ha recurrido á todas las ciencias individualmente, y se han presentado por separado varios resultados parciales de cada una, como bastantes para derribar los fundamentos del Cristianismo. Estas tentativas reiteradas son un motivo para indagar cuáles son los resultados reales de la ciencia moderna. Es verdad que la revelación cristiana estriba sobre argumentos generales, que no pueden destruirse con objeciones particulares; es verdad que sus pruebas intrínsecas y extrínsecas consisten en un número y variedad de consideraciones, tan fuerte y estrechamente unidas, que si se combate un punto, se resisten los demás; de



modo que experimentamos más dificultades en suponer falso todo el sistema del Cristianismo, á resultas de una objeción particular, que en confesar nuestra incapacidad para responder, al tiempo mismo que permanecemos adictos á la causa que se combate. Pero aunque el cristiano poco instruido pueda evitar así que titubee su convicción por ciertas objeciones, para las cuales no va respuesta inmediata, hay un modo de proceder más satisfactorio, interesante y casi obligatorio para los que puedan darla, y es: acometer francamente las objeciones, examinarlas con paciencia, y resolverlas una por una, para lo cual no ha de desperdiciarse ningún medio, de los que estén á nuestros alcances, de proporcionarnos y adquirir los conocimientos necesarios. No podemos dudar de un instante de un triunfo final y completo.

Causa jubet melior superos sperare secundos.

Si estamos firmemente convencidos de que Dios es el autor de nuestra religión, así como de la naturaleza, debemos tener la íntima persuasión de que, comparando sus obras en estos órdenes de cosas, debe ser necesariamente uniforme el resultado. Una parte esencial de mi obra será demostrar cómo al perfeccionarse las ciencias mismas, de donde se han sacado las objeciones contra la religión, han suministrado medios de refutar estas: de aquí resulta que mi método de tratar cada ciencia, fuera de una ó dos excepciones, será necesariamente histórico. Así evitaré una dificultad importante, la de suponer en mis oyentes un conocimiento profundo de tantas materias diferentes; en vez de esto, me lisonjeo que al mismo tiempo que haga ver los señalados servicios que han prestado á la religión los adelantamientos de las ciencias, presentaré una introducción sucinta y sencilla de su historia y sus principios.

Veremos de qué manera cada una en su infancia proporcionó objeciones contra la religión, con gran gozo de los infieles y espanto á los creyentes; de qué modo se dejaron á un lado estos estudios como peligrosos; y por qué en proporción de sus progresos desvanecieron desde luego las dificultades sacadas de su estado imperfecto, y aun dieron en su lugar argumentos favorables á la religión. Y entonces tendremos derecho para decir, por conclusión, que interesa esencialmente á la religión fomentar el cultivo de las ciencias y de la literatura en sus diversos ramos.

En la disposición de las materias de que voy á tratar, al mismo tiempo que atenderé á cierto orden natural de relaciones, me esforzaré para que vaya siempre en aumento su interés.

Y casi temo haber cometido un error de táctica colocando en primera línea la ciencia de que voy á hablaros, porque está lejos de ofrecer el interés general de la mayor parte de las ciencias que se siguen, aunque confieso que justificará plenamente todo cuanto he sentado en las observaciones preliminares: me refiero á la *etnografía* ó clasificación de las naciones por el estudio comparado de las lenguas, ciencia que puede decirse ha nacido en nuestros días. Con razón la han llamado los franceses *lingüística*, ó estudio del lenguaje; también se le da el nombre de *filología* comparada (1). Estos nombres indican bastante los objetos que se tienen presentes y el método de estudiarlos. No me pararé á buscar otras definiciones, y espero que á medida que se explane la materia, veáis toda la extensión que abraza esta ciencia.

Yo la emprendo con el convencimiento íntimo de las dificultades que la rodean; es una ciencia que no ha tenido aún historiador, y que apenas posee algunas obras elementales, en términos que me ha sido preciso buscar en varios autores los materiales para el bosquejo que trato de presentaros. Por la simple historia de esta ciencia, tendremos el gusto de ver confirmada la narración que hace Moisés de la dispersión del género humano.

No necesito traer á vuestra memoria este trozo de la historia de los primeros tiempos: que el género humano descendía de una sola familia y hablaba una sola lengua; que con ocasión de haberse reunido los hombres para un designio que no cuadraba á los fines de la Providencia, confundió el Todopoderoso su lenguaje é introdujo una variedad de dialectos entre ellos; que los forzó á una dispersión general; tal es el sumario sucinto de la venerable historia contada en el capítulo XI del Génesis.

Los comentadores de este pasaje han considerado generalmente que esta confusión consistía, no tanto en la abolición de la lengua común, como en la introducción de tan variadas modificaciones, que bastaron para la dispersión de la especie humana. En la realidad, sólo por esta hipótesis ha podido hacerse la prolija é inútil investigación de un lenguaje primitivo.

Pero dos adversarios de la revelación han tratado el conjunto de esta narración como una fábula mitológica (2). Bien podemos, á la ver-

(1) Véanse los capítulos siguientes; en ellos hallarán nuestros lectores eruditísimas observaciones sobre esta materia, cultivada con religioso entusiasmo por nuestro apreciable compatriota el distinguido orientalista Sr. García Ayuso.

(2) «El libro del Génesis ocultaba debajo de un



dad, permitir á los filósofos que discutan ciertas cuestiones abstractas, como si la palabra pudo haber sido la invencion gradual de la especie humana, ó debió ser un don libremente concedido por Dios, segun sostienen el doctor Johnson, Anton y el señor de Bonald (1), ó que no fué ni un simple don, ni una invencion, sino un resultado necesario y espontáneo de la organizacion del hombre, segun la teoria de G. Humboldt (2). Tambien pudiéramos dejarles la inocente distraccion de discutir si debió principiarse semejante innovacion por sustantivos, como piensa el Dr. Smith (3), ó por interjecciones, como conjeturan el presidente de Broses y Herder (4). Mientras quede abierto un espacio imaginario para los autores de tales descubrimientos; mientras que hablemos con el presidente de niños abandonados á la enseñanza de la naturaleza, ó con Soave de dos salvajes abandonados en una isla, la disputa no entraña peligro.

Pero otros escritores han trasladado sus especulaciones sobre este punto al terreno de la historia. Maupertuis, por ejemplo, supone que el género humano no tuvo lenguaje hasta que sus diferentes ramificaciones inventaron dialectos

«mito expresivo y significativo un problema que no ha podido resolver aún ninguna filosofía de un modo satisfactorio.» Gesenio, *Geschichte der Hebräischen sprache und schrift*, Leipz. 1815. (Véase el prólogo de Geddes á su traduccion del Pentateuco, 1702).

(1) *Vida de Johnson*, por Boswell, primera edicion, tomo II: R. G. Anton *Ueber sprache in Rücksicht auf geschichte der menschen*, Gorliz, 1799. *Beattie's theory of language*, Lond., 1788. Esta proposicion es el fundamento del sistema del señor de Bonald, y la impugnan enérgicamente Damiron, *ubi supra*, pág. 224. Cousin, *Prólogo á las nuevas consideraciones de Maine de Biran*, París, 1831, y otros varios.

(2) «La palabra, segun mi entera conviccion, debe considerarse realmente como inherente al hombre; porque si se la considera como la obra de su intelecto en la simplicidad de su conocimiento nativo, es absolutamente inexplicable. La suposicion de millares de millares de años favorece esta hipótesis: el lenguaje no ha podido inventarse sin un tipo preexistente en el hombre.» Despues de varias observaciones del mayor interés, continúa manifestando que no se ha de considerar sin embargo el lenguaje como un don concedido ya formado al hombre, sino como una cosa que proviene de él mismo. (*Memoria de la Academia real de las Ciencias de Berlin, clase histórica y filosófica*, 1820 y 1821).

(3) *Theory of moral sentiments*, Edimb., 1813, tomo II.

(4) *Tratado de la formacion mecánica de las lenguas*, París, 1763. Herder, *Nuevas memorias de la Academia real*, Berlin, 1756.

separados (1). Rousseau y Volney representan al hombre como el *mutum et turpe pecus* de los antiguos, «arrojado, segun dicho del último, en cierto modo por casualidad á un pais desierto é inculto, huérfano, abandonado de la mano desconocida que le produjo (2),» y descubriendo los primeros elementos de la vida social segun el principio y procedimiento indicados por el poeta epicúreo (3):

«Ergo si variaei sensus animalia cogunt,
Muta tamen quom sint, varias emittere voces;
Quanto mortaleis magis æquum est tum potuisse
Dissimileis alia atque allia res voce notare?»

Este modo de considerar el origen del lenguaje, se repite con bastante frecuencia hasta en nuestros dias. Carlos Nodier publicó por Setiembre de 1833 una série de artículos bajo el título de *Nociones elementales de lingüística* en el diario *El Tiempo*, y en ellos sostiene que las lenguas son obra de las facultades del hombre, que procede por su propia energia. Hasta algunos escritores que nunca hubiera supuesto uno que profesaban opiniones poco conformes con la narracion del escritor inspirado, parece que se dejan llevar á veces del mismo desvarío (4).

El marqués de Fortia de Urban va más adelante, y niega al mismo tiempo la historia de la dispersion segun la da Moisés, y hasta la inspiracion de las narraciones históricas de la Escritura (5). Considerada así la investigacion, parece que combate la autenticidad de los documentos de Moisés tocante á la historia primitiva del hombre, y entonces es deber nuestro examinar atentamente la ciencia que ha originado ó corroborado semejantes objeciones; no tardaremos en descubrir que cuanto más ha caminado hácia la perfeccion, más ha confirmado la veracidad del historiador judío.

La historia del estudio comparado de las lenguas representa el mismo papel en las ciencias morales que la química en las investigaciones físicas. Mientras que esta última ciencia estaba ocupada en el logro estéril de la piedra filosofal ó de un remedio universal, los lingüistas se dedicaban á indagaciones no mé-

(1) *Disertacion sobre los medios de que se han valido los hombres para expresar sus ideas*. *Hist. de la Academia real*, Berlin, 1756.

(2) *Ruinas*, París, 1820, pág. 36. *Causas de la desigualdad entre los hombres*, obras completas, 1826, París, pág. 40.

(3) Lucrecio, libro V, verso 1080 y siguientes.

(4) Por ejemplo el Dr. Murray, *Historia de las lenguas europeas*, Edimb., 1823.

(5) *Ensayo sobre el origen de la Escritura*, París, 1832.



nos estériles para encontrar el lenguaje primitivo. Sin duda ninguna que se hicieron varios descubrimientos inesperados é importantes en el curso de una y otra investigacion; pero hasta que se introdujo en aquellas ciencias un principio de investigacion analítica, no pudo reconocerse la naturaleza real de los objetos de que tratan respectivamente; y los resultados conseguidos han tenido muy diferente valor que cuanto se habia vislumbrado por medio de una aplicacion difícil y trabajosa.

El deseo de comprobar la historia de Moisés ó la ambicion de conocer el lenguaje comunicado al principio por inspiracion divina, fué el motivo ó el objeto que excitaba la indagacion quimérica de los antiguos lingüistas; decíase que si se pudiera probar que existe una lengua que contenga en cierto modo el germen de todas las demás y forme un centro del que se diferencia visiblemente todo lo demás, entonces se confirmaria de un modo sorprendente la confusion de Babel, porque este idioma debe haber sido en otro tiempo el idioma comun de toda la especie humana.

Pero aquí entraron muchos sábios en la liza, y sus opuestas pretensiones se presentaban con tanta seguridad, que hubo que perder la esperanza de conseguir jamás una decision satisfactoria.

La lengua céltica halló un patrono celoso en el sábio Perron (1). Webb y otros varios escritores defendian animosamente las reclamaciones de los chinos aun en nuestros dias (2), porque todavía encontraremos semejantes visionarios. D. Pedro de Astarloa (3), D. Tomás de Sorreguieta (4) y el presbítero Yharce Bidassuet de Aróstegui (5) tomaron las armas como campeones de la lengua vascongada con igual éxito al que tuvo en otro tiempo el eruditísimo y pesadísimo Goropio Becano cuando presentó el flamenco, su lengua natal, como el lenguaje del paraíso terrenal (6). No obstante estas pre-

(1) *Antigüedad de la nacion y de la lengua de los celtas*, París, 1704.

(2) *Ensayo acerca de la probabilidad de que el idioma de la China es la lengua primitiva*, Londres, 1669. *La antigüedad de la China ó Ensayo histórico acerca de la probabilidad de que el idioma chino es la lengua primitiva*, Londres, 1678.

(3) *Apología de la lengua vascongada ó Ensayo crítico-filosófico acerca de su perfeccion y antigüedad sobre todas las lenguas conocidas*, Madrid, 1804.

(4) *La semana española vascongada, la única en Europa y la más antigua del mundo*, Madrid, 1804.

(5) Véase su prospecto publicado en los periódicos franceses el año 1824.

(6) *Origenes antuerpiane*, Ant., 1569.

tensiones ambiciosas, las lenguas semíticas como se llaman, es decir, los idiomas del Asia occidental, parece que tuvieron más fortuna; pero aun aquí habia rivalidad entre las hermanas. Los abisinios se jactaban de que su lengua era el tronco principal de donde el mismo hebreo traia su origen (1). Todo un ejército de autores siriacos diseñaba la filiacion de su lengua en línea recta de Heber á Noé y Adam (2); pero el hebreo era el pretendiente que reunia más votos á su favor. Desde las *Antigüedades* de Josefo y las *Paráfrasis caldaicas* de Onkelos y de Jerusalem (3) hasta Anton en 1800 (4), cristianos y judíos consideraban sus pretensiones como probadas casi definitivamente: algunos autores de la más alta categoría en literatura, como Justo Lipsio, Escaligero, Bochar y Vosio, han hecho depender de la certeza de esta opinion la verdad de sus teorías.

Sin embargo, el sábio y juicioso Molitor, que ha recogido una coleccion vastísima de trozos de literatura rabinica para apoyar la demostracion de la religion católica que ha abrazado, confiesa que es inadmisibile, tomada en el sentido literal, la tradicion de los judíos que hace al hebreo la lengua de los primeros patriarcas y aun de Adam; «aunque, añade muy juiciosamente, basta reconocer la inspiracion de la Biblia para tener que confesar, que el lenguaje en que está escrita es una imágen fiel, aunque terrena, de la lengua del paraíso, del mismo modo que el hombre, á pesar de su caída, conserva algunos vestigios de su grandeza original (5).»

Tal era el punto de vista hácia el cual se dirigió primeramente el estudio comparado de las lenguas; en esta direccion pueden notarse dos faltas esenciales, y las dos provienen de la manera limitada con que han considerado esta ciencia los que la han cultivado.

La primera es, que apenas se ha averiguado la menor afinidad entre las lenguas, excepto la filiacion. Apenas se conjeturó la descendencia colateral de una madre comun; en cuan-

(1) Véase la advertencia de la edicion principal del Nuevo Testamento, Roma, 1548.

(2) Assemani, en su *Bibliotheca orientalis*, t. III, pág. I, ha reunido sus autoridades. Ibn-Kaledoon, Massudi, Haider, Razi y otros autores árabes, sostienen la misma opinion. Véase el erudito *Ensayo* de Quatremère en el nuevo *Diario asiático*, Marzo, 1835.

(3) Josefo, *Arqueolog.*, lib. I, c. I; Targumín sobre el Génesis, XI, 1.

(4) *De lingua primava*, Wittenb., 1800.

(5) Compendio francés *Filosofía de la tradicion*, por X. Quiris, pág. 211, París, 1834.



to dos lenguas presentaban algunos puntos de semejanza, se infería que la una era el origen de la otra (1). Este modo de raciocinar es más notable entre los escritores de los dialectos semíticos; pero también hay curiosos ejemplares en los otros. Así, Justo Lipsio y Saumaise (2) habían echado de ver desde luego la afinidad entre el persa y el alemán; pero no se pudo discutir otra solución del problema sino que la una está tomada de la otra. *Hodierna (lingua persica)*, dice el sabio David Wilkins, *ex multis Europa et Orientis vocibus composita est, latinis, germanicis et graecis* (3). Walton había manifestado antes la misma opinión como enteramente cierta: *Ut gens persica ipsa graecorum, ita arabum, arabum tartarorumque colluvies est, ita lingua quoque ejus ex horum linguis est conflata* (4).

Este principio hizo caer al hábil y erudito Reland en un error todavía más curioso sobre la misma materia. Recopiló las palabras indias que se encuentran en los autores antiguos, y halló que muchas podían explicarse por el persa; ni aun esta circunstancia le hizo sospechar de la afinidad entre las lenguas india y persa. Pero como no sabía en qué fundarse para emplear el expediente ordinario, que era suponer que una lengua había dado origen á la otra, no pudo resolver el problema por ninguno de los principios entonces conocidos; y en consecuencia, concluyó que las palabras recopiladas no eran indias, sino persas, y que los antiguos se habían equivocado dándolas como indias (5).

(1) El pasaje siguiente, de un autor cuyas opiniones no sigo en la mayor parte de los puntos, puede explicar esto: «No han de representarse los pueblos y las lenguas en líneas perpendiculares... Entre ellas no hay derecho de primogenitura. Esta cuestión que se suele oír: ¿es más antigua la lengua A que lengua B? es pueril y tan falta de sentido como lo son ordinariamente las controversias escolásticas tocante á las lenguas madres.» (*Principios del estudio comparativo de las lenguas*, por el baron de Merian, pág. 12, Paris, 1823).

(2) Lipsius, *Epist. ad belgas*, Ant., 1602, 1604. Salmasius, *De lingua hellenist.*, pág. 378. Se suele citar á Escaligero como observador de esta semejanza (Véase á Wilkins, *inf. cit.*); pero en su carta 228 á Pontano, dice: «*Nihil tam dissimulati alii rei quam »teutonimus lingua persica.*»

(3) Prefacio del libro de Chamberlayne, *Oratio dominica*, pág. 7, Amst., 1715.

(4) Prolegom. XVI, párrafo 2.

(5) *De veteri lingua indica*, Dissert. miscell. t. I, pág. 209. *Traject. ad Rhen.*, 1713. Véanse las correcciones hechas por el profesor Tyschen, Apend. IV á las *Investigaciones* de Heren, t. II, pág. 376, Oxford, 1833.

Y aun en tiempos más modernos no supo Denina encontrar otra explicación de la afinidad entre el griego y el alemán (1), que suponiendo que los antiguos germanos eran una colonia del Asia Menor. Así podemos verdaderamente exclamar con el poeta:

Hic quoque sunt igitur graia, quis crederet, urbes,
Inter inhumanæ nomina barbariae:

Huc quoque Mileto missi venerunt coloni,
Inque Getis graias constituere domos (2).

El segundo error en el método seguido para este estudio, consistió en proceder casi enteramente por la etimología y no por la comparación. Como los autores de que he hablado trataban de probar la derivación de las otras lenguas de aquella cuya causa habían abrazado, se veían reducidos naturalmente á este recurso. Una semejanza de palabras ó de formas hubiera probado solamente una afinidad entre los idiomas en quienes existía, y por consiguiente era preferible hallar en la lengua favorita una supuesta palabra original, que en cierto modo contenía en sí misma el germen ó el sentido del término que se examinaba, antes que seguir el rastro de las afinidades en las lenguas de la misma familia, ó condescender con hacerla derivar de elementos evidentes en su propia lengua nativa. Así, Jennings, en alguna parte de sus *antigüedades judaicas*, hace derivar la palabra griega *asulon*, *asylum*, del hebreo *ashl*, una encina ó un bosquecillo, contra la simple etimología que dieron los antiguos, *a* privativa y *sulan*, que significan juntos *inviolable*. Con la misma razón podría derivarse el verbo inglés *to cut off* (*separar*) del verbo siriaco *cataf*, que significa lo mismo. Aun en nuestros días hormigean estas etimologías extraordinarias en escritores de nombradía, que reclaman los supuestos derechos de la lengua hebrea. Becano, por ejemplo, explica por el flamenco cualquiera nombre que se halla en la historia primitiva del Génesis; y descubriendo en su propia lengua la posibilidad de un análisis de estos nombres, concluye con aire triunfante que estos mismos nombres se dieron en aquella lengua. Ni quién puede dudar que Adam y Eva hablaron el flamenco ó el holandés, cuando sepa que el nombre del primer hombre se descompone en *Hat* (odio) y *dam* (dique), porque era un dique puesto al odio de la serpiente; y el de su compañera se convierte en *B* (juramento) y *vat*

(1) *Sobre las causas de la diferencia de las lenguas*. Nueva memoria de la Academia real, 1783, Berlin, 1786.

(2) Ovidio, *Trist.*, lib. III, eleg. IX.



(tina) siendo el receptáculo del juramento ó de la promesa de un Redentor (1)? Los defectos que he notado en la historia de los primeros tiempos de nuestra ciencia, eran la consecuencia natural de los objetos de que trataba. Era necesario dilatar á un tiempo la vista y el campo del filólogo, antes de esperar un buen resultado de él. Era necesario comenzar otra vez con nuevo método y sin el peligroso espíritu de sistema; el conjunto de los hechos era la base necesaria de semejante mejora. «En esto como en otras cosas, dice Abel Rémusat, se empezó por edificar sistemas en vez de limitarse á la observación de los hechos (2).»

Si los modernos hubieran tenido que empezar sus estudios por este primer punto, hubieran trascurrido muchos años antes de conseguir la madurez, porque se hubiera invertido un tiempo considerable en el acopio de materiales. Felizmente, los escritores más antiguos hicieron algo por este lado, aunque sin tener plan concertado. Los viajeros trajeron, entre otras muchas curiosidades, listas de palabras de las regiones que habían recorrido; y algunos misioneros, con fines más altos, aprendieron las lenguas de los pueblos que iban á convertir, y escribieron libros elementales para su instrucción. Estas dos fuentes han producido las colecciones necesarias para seguir el estudio comparado de las lenguas.

El primer viajero que pensó en enriquecer sus narraciones con listas de palabras extranjeras, fué el crédulo Pigafetta, que acompañó á Magallanes en su primer viaje al rededor del mundo. Para cerrar su diario, nos presenta tres vocabularios miserables: el primero corresponde á la lengua brasileña; el segundo, recogido del gigante Patagon, que hace un papel tan importante en su libro, es de Tehuel, y el tercero, de Tidoro, una de las islas Molucas (3). Imitaron su ejemplo otros navegantes más recientes, y casi todos los viajeros que exploraban nuevos países recogían noticias más completas que las ya adquiridas, y traían documentos de esta naturaleza, aunque muchas veces sin elección, y casi siempre sin exactitud (4). Varias colecciones de estas

(1) *Ubi supra*, pág. 539.

(2) *Investigaciones sobre las lenguas tartaras*, Paris, 1820.

(3) *Primo vol.* (tercera edición) *delle Navigazioni et viaggi raccolti gia da M. G. B. Ramuzio*. Ven., 1563, pág. 370. En el vocabulario de Tidoro son árabes las palabras relativas á la religión.

(4) Véase la introducción de Balbi al *Atlas etnográfico del globo*. Paris, 1826.

se archivaron en las bibliotecas, y en épocas posteriores se aprovecharon de ellas los sabios. El juicioso Reland, cuyas tareas en este ramo de literatura se han desatendido demasiado, publicó vocabularios del malayalim, del chingalés (Ceylan), del malabar, del japon y del javanés valiéndose de unos manuscritos guardados en la biblioteca de Leida. También puso un cuidado particular en proporcionarse palabras de las lenguas americanas por medio de los viajeros (1). Del mismo modo las colecciones de Messerschmidt, hechas en los siete años de su residencia en Siberia, y archivadas en la biblioteca imperial de San Petersburgo, prestaron un servicio señalado á Klaproth para compilar su *Asia polyglotta* (2).

Los libros de devoción fueron naturalmente los primeros que imprimieron los misioneros para uso de las naciones que convertían al cristianismo; y es evidente que debían contener la oración dominical; por consecuencia, este fué el ejemplo más fácil de proporcionarse de una variedad de lenguas como un modelo uniforme de comparación. Schildberger, Postet y Bibliander habían formado algunas breves colecciones de dicha oración; pero el naturalista Gesner fué el primero que concibió la idea de reunir las como muestra de un catálogo de las lenguas conocidas, y en 1556 publicó su *Mitridates*, más conocido por la edición más extensa, pero ménos exacta, que hizo Waser (3). El mérito de esta obrita consiste en haber formado el núcleo en cuyo rededor se han reunido las adquisiciones posteriores; y aunque podamos sonreirnos al verla puesta al lado de su abultado homónimo por Adelung y Waser, se ve con satisfacción el origen de aquel noble monumento del entendimiento humano en el corto diccionario de Gesner. Allí las lenguas

(1) *De linguis insularum guarundam orientaliu*, Dissert. miscel. pág. 8. Traject. 1708, pág. 57. Añade listas reducidas de las palabras usadas en las islas de Salomon, Cocos, Nueva-Guinea, Moisés, Mos y Madagascar, y concluye (pág. 137) que el malayo es el fundamento de todas estas lenguas. Esto, según veremos, se ha confirmado positivamente. (*De linguis americanis, ibid.*)

(2) Paris, 1823, pág. 8.

(3) *Mitridates Gesneri Gaspar Waserus recensuit et libello commentario illustravit*. Tigur., 1610. Entre estas dos ediciones se publicó la obra en Roma, sin indicar el origen, como apéndice á la *Bibliotheca vaticana illustrata de F. Angelo Rocca*. El autor afirma haber reunido los materiales por sí; pero copió toda la obra de Gesner hasta con las erratas tipográficas, y sólo hizo algunas adiciones insignificantes.